

masiada facilidad. Hablé de tales cosas mas bien por alarmar su conciencia que por expresar mi opinion. Yo sé tan bien como mi padre que se pueden citar las costumbres de nuestra nacion y aun las de todas las cristianas, ¡gracias al desdichado siglo en que vivimos! para justificar el hábito de tener por la bagatela mas pequeña un motivo suficiente para una riña sangrienta, de formar el proyecto de la mas terrible venganza por la mas leve ofensa, y de matarse uno á otro por un principio de honor mal entendido, y no pocas veces por mera diversion. Sabiendo yo pues que todo esto es una trasgresion por la que deberemos ser juzgados algun dia, me alegrara poder convencerle, valeroso y generoso amigo mio, de la obligacion en que se halla constituido de prestarse á los buenos sentimientos de su corazon, y á los consejos que le inspiren, mucho mas que al valor de su brazo diestro y desapiadado.

— Estoy convencido, Catalina, lo estoy; sus insinuaciones serán desde ahora una ley para mí la mas digna de respeto. Ya hice bastante, tal vez demasiado, para probar mi fuerza y mi

valor, pero de vm. sola, Catalina, puedo yo aprender á pensar mejor. Tenga vm. presente, bella Valentina mia, que mi ambicion de hacerme distinguir por la destreza de las armas, mi humor quimerista, si tal se le quiere llamar, no combaten con armas iguales con mi buen genio y mi razon. Incitados están y movidos de causas que son para mí extrañas. Pongámonos en el caso de ocurrir una disputa, y que segun sus consejos me muestre yo poco dispuesto á tomar en ella parte, ¿cree vm. sea yo libre para elegir entre la paz y la guerra? ¡Por Santa María! que no lo soy. Cien gritos me darán para excitarme. — Cómo es eso, Smith; tu espada esta roñosa, dirá uno. — Enrique al oír una pendencia esta mañana se hizo sordo, contará otro. — Ve á batirte por el honor de Perth, me dirá el preboste. — Embista Enrique con todos y pongo por él una pieza de oro, dirá tal vez su mismo padre de vm. ¿Qué podrá y qué deberá resolver un pobre hombre como yo, Catalina, incitado por todos á nombre del diablo, cuando no hay cerca un solo hombre que le diga lo contrario para contenerle?



— Yo sé muy bien que abundan los agentes del diablo para excitarnos á lo malo; pero tambien estamos obligados á resistir contra sus vanas sugerencias, aun cuando se nos inspiren por las personas, á quienes debemos amar y respetar.

— Contribuye tambien y no poco, el canto y versos de los trovadores y sus balatas, que nos dicen consiste todo el mérito de un hombre si lo es, en que sea capaz de dar y recibir furibundos golpes. No creará vm., Catalina, cuán responsable debe ser de muchos de mis pecados el trovador Harry el ciego. Cuando doy un golpe firme y bien asegurado, no lo hago con intencion de hacer mal, y pongo á San Juan por testigo, le doy solamente para imitar, en el modo de sacudir tajos, mandobles y reverses, al famoso William Wallace.

Decia todo esto el armero en un tono tan serio y al mismo tiempo lamentable, que Catalina no pudo menos de reirse y decirle que no podian jamás contrabalanzar unas razones tan fútiles, contra las que prueban el peligro que

corria su vida y el que corrian los demas en tales casos.

— Sin duda, prosiguió Enrique, algo picado por la risa; pero pienso seria completo el triunfo de la paz si su causa tuviera un buen abogado: supongamos me hallo ya casi decidido en un lance, para echar mano á la espada, y que pudiera yo recordarme de haber dejado en casa un buen angel custodio cuya imagen me dice callandito:— ¡Nada de violencia! va vm. á teñir mis manos en sangre, deténgase vm., Smith, no se aventure sin fruto á un riesgo inminente y mortal, mire que vm. mismo expone mi propia vida. Tales pensamientos producirian mas efecto en mí que si todos los frailes de Perth me dijeran á una voz: ¡Tente, Smith, pena de excomunion mayor!

— Si las palabras y consejos de una hermana le merecen algun aprecio en este debate, creedme, querido Smith, no lo dude vm. ni por un momento, cuando hiere vm. á alguno, mi mano se cubre de sangre, y cuando es vm. el herido mi corazon es el traspasado.

Animóse mucho mas el armero con esta pro-



testa, y por el modo afectuoso con que la pronunció Catalina, respondiéndole así.

— ¿Por qué pues no extiende vm. un poco mas allá de esos fastidiosos límites todo ese interés? ¿Por qué, siendo como es tan benigna y generosa, como que confiesa tomar un cierto interés por el miserable, por el ignorante pecador que tiene delante, no se resuelve vm. luego luego, á tenerle por su discípulo y le admite por esposo? Su padre lo desea con ansia, toda la ciudad lo tiene así consentido, y todos los guanteros y armeros preparan sus regocijos, ¡y vm. sola, vm. sola, cuyas palabras son tan dulces y bondadosas, se niega á dar el consentimiento!

— Enrique, dijo Catalina en voz baja, y casi temblando, créame vm.; yo tendria mucho gusto en obedecer á mi padre, si no hubiera ciertos obstáculos insuperables que impiden este matrimonio.

— Pero reflexione vm., considérela bien; yo no puedo decir ni pensar tanto ni como vm. que sabe leer y escribir; y si gusto de oír leer, nunca me cansaré del eco de su dulce voz. Le

gusta la música y yo he aprendido á tocar el arpa y á cantar tan bien como cualquier trovador. Vm. tiene gusto en practicar la caridad, y yo tengo medios para dar limosna sin peligro de quedar pobre, porque puedo dar tantas á los pobres como todo un síndico, sin echarlo de ver. Su padre, que ya va siendo viejo para trabajar tanto, viviria con nosotros, y yo le miraria siempre como á mi mismo padre. Me guardaré muy bien de meterme jamás en pendencias sin sustancia, como de meter la mano en la fragua; y si alguno tratare de insultarnos, yo le haré conocer que puso la era en mala parte.

— Ojalá pueda vm. experimentar todo el placer doméstico que se propone vm., Enrique; pero con otra muger mas feliz que yo. Así respondió la Linda Doncella de Perth, casi sofocada de contener el llanto y aun los sollozos.

— Con que segun eso me aborrece vm., dijo el amante despues de un corto silencio.

— No, ¡y pongo al cielo por testigo!

— ¿Ama vm. pues á otro mas que á mí?

— Es una crueldad preguntar lo que no puede



serle de ninguna utilidad saber, pero está vm. muy equivocado.

— ¿Ese gato montés de Conachar, tal vez? No se me ha escapado su modo de mirar, y.....

— Se vale vm. de mi crítica situación, Enrique, y esto para insultarme sin tenerlo merecido. Conachar no significa nada para mi, sino en cuanto procuré domar su genio violento, dándole algunas instrucciones, tomando cierto interés por un muchacho abandonado á sus preocupaciones y caprichos, y que por lo mismo se le parece á vm. algun tanto, Enrique.

— Pues deberá ser algun gusano de seda, alguno de tantos cortesanos guapetones, respondió el armero, cuyo enojo irritaba ya su temperamento ardiente; alguno de esos que piensan llevárselo todo de calles por lo alto del penacho, y por el brillo de las espuelas doradas. Me alegraría saber quien es el que, abandonando sus parejas, todas esas damas perfumadas y aljofifadas de la corte, quiere hacer presa de las hijas de artesanos. Si yo supiera su nombre y apellido.....

— Enrique Smith, dijo Catalina venciendo la debilidad que pareció abatirla poco tiempo antes, ese lenguaje conviene á un loco ú ingrato, pero no á vm., mejor diré que tal estilo es el de un furioso. Ya le dije á vm. al principiar nuestra conversacion, no habia nadie que merezca de mí una opinion mas alta, que el mismo cuya estimacion por él se va minorando en mí á cada palabra que profiere, en tono de sospecha injusta y de disgusto sin causa. Vm. no tenia el derecho de aspirar á saber lo mismo que yo le digo, y le pido considere no deben mis discursos autorizarle á creer le prefiero á los demás, aunque ya le hice conocer no prefiero á ninguno. Bástele á vm. saber hay una dificultad indisoluble para el logro de sus deseos; como si un encantador hubiera intervenido en mi destino.

— Los hombres esforzados saben deshacer los encantos, y me alegrara no tener algo mas que temer. Thorbiorn, el armero danés, me habló de un encanto que tenia, para que sus armaduras se tornaran impenetrables. cantando cierta cancion en tanto que se caldeaba el hierro; pero yo le dije, que sus rimas runas



no estaban á prueba de las armas usadas para batirse en Luncarty \*; no es necesario decir lo que resultó de aquí, cuando la coraza, el que la llevaba y el cirujano que curó la herida, declaran si puede ó no Enrique Smith desencantar armaduras.

— Miróle Catalina en ademán de responderle y probar no se admiraba de la grande hazaña de que se alababa, por no haberse acordado el armero, que por la sola relacion de tal aventura, debía esperar le censurase; pero sin darle tiempo á explicarse entreabrió su padre la puerta, y asomando la cabeza dijo:

— Enrique, no puedo menos de interrumpir tan gustosa conversacion, y de pedirte vengas á mi taller al momento, para tratar negocios de la mayor importancia para la ciudad.

Saludando Enrique á Catalina se salió del cuarto. Acaso fué para él una ventaja que le proporcionó mantener sus amistosas relacio-

\* El campo de Luncarty, situado en la margen occidental del Tay, á cuatro millas de Perth, se hizo famoso por un combate, en que, en el siglo décimo, los Daneses fueron vencidos por los Escoceses.

nes en lo venidero, la necesidad de separarse de Catalina tan de repente, si se considera el aspecto que debía tomar la conversacion, atendido que el amante, vista la declaracion de Catalina, se pensaba lo suficiente animado, y comenzaba ya por calificar la negativa de la Linda Doncella como un efecto inexplicable de un capricho; y si tambien se mira, que Catalina por su parte, le consideraba como queriendo abusar del favor que le habia concedido, mas bien que como un hombre que se hiciese digno de recibirle por su delicadeza.

Pero con todo, sus corazones tenian cierta simpatía y conservaban siempre una secreta y mutua inclinacion, que no podia menos de revivir tan luego como se acabara la disputa, bastando ella sola para olvidar Catalina el agravio cometido contra su delicadeza, y el amante la frialdad con que habia correspondido ella, cuando él se declaró de un modo tan apasionado.